



Lernet-Holenia

Por Héctor Orestes Aguilar (El País. Uruguay)

Lernet fue uno de los grandes profesionales de las letras alemanas de entreguerras; vale decir, se entregó de manera absoluta a la escritura, trabajando en repetidas ocasiones a destajo para poder completar novelas de aventuras y obras de teatro que escasa o nula legibilidad tienen en nuestros días. Con toda seguridad, fue uno de los primeros escritores austriacos en beneficiarse de la aparición del libro de bolsillo, pues la mayor parte de sus novelas y colecciones de relatos tuvieron grandes tirajes bajo esa forma.

Poeta, dramaturgo, narrador y ensayista, Lernet fue una personalidad emblemática en la sociedad literaria europea de los años 1950, en especial dentro del ámbito germánico. Aunque no fue un cantor de la-guerra-como-acción-purificadora al estilo de Ernst Jünger ni participó de atentados contra el régimen de la República de Weimar como Ernst von Salomon —otros dos escritores en lengua alemana conocidos en castellano y con quienes cabría atribuirle cierta familiaridad— el hecho de haber vestido el uniforme de la Wehrmacht y de haber alimentado sus obras de una aristocrática nostalgia del pasado real-imperial de Austria, le dieron a su actuación pública y al conjunto de su obra un acento conservador que siempre lo estigmatizó. De hecho, la fundación de la Asamblea de Autores de Graz, el primer organismo pretendidamente democrático de la literatura austriaca de posguerra, tuvo lugar precisamente luego de una serie de acciones en contra de Lernet, quien, en su calidad de Presidente del PEN Club de su país, había desplegado una actitud reacia a la vanguardia y a la literatura "comprometida".

A despecho de su filiación ideológica, Lernet fue responsable de una copiosa cantidad de libros (más de 70) que hizo publicar a un ritmo febril, y entre los que se cuentan obras curiosas, heterodoxas y lamentablemente olvidadas, como los dos volúmenes que dedicó a celebrar emotiva, apasionada e incondicionalmente a Greta Garbo: el álbum *Greta Garbo. Una maravilla en imágenes* (1938) y la semblanza *Greta Garbo. Ideal del siglo* (1956), que ahora son prácticamente inconseguibles. Sólo entre 1931 y 38 dio a la luz diez obras de teatro, un volumen de poemas, varios relatos y once novelas, entre las que cuentan algunos best-sellers como *Aventuras de un joven caballero en Polonia* (1931), *Yo fui Jack Mortimer* (1933) y *El estandarte* (1934). Muchos de aquellos títulos fueron en su oportunidad traducidos al castellano, sobre todo sus novelas y colecciones de relatos, gracias al estímulo de la traductora Anna Renée Lifczis, amiga del escritor, que fundó una agencia editorial internacional con sede en Buenos Aires, y emprendió la venta de los derechos de una gran cantidad de escritores alemanes y austriacos durante los años cuarenta y cincuenta. Lifczis se encargó personalmente de la traducción de obras tan importantes como la ya mencionada *El*

GRUPO A



Tertulias Literarias

estandarte, *El conde de Saint-Germain*, *El hombre del sombrero* y los relatos reunidos en *La cita*. Se sabe que el propio Jorge Luis Borges alentó en 1956 la edición de "*El Barón Bagge*", en versión de Luis Alberto Bixio, para las diminutas y entrañables ediciones de la revista Sur. Entre los años 1930 y 60, al lado de Stefan Zweig —quien, por cierto, escudado en el pseudónimo Clemens Neydisser escribió junto a él la obra teatral *La oportunidad hace al amor*, de 1928— Lernet-Holenia fue uno de los escritores de lengua alemana más populares en Occidente.



Alexander Lernet-Holenia
El estandarte
Prólogo de Ignacio Vidal-Folch



Los temas de sus obras pueden concentrarse en dos grandes rubros. Al primero pertenece, ejemplarmente, la novela *Marte en Aries*, donde se relatan las acciones de campaña en el frente de guerra polaco de septiembre de 1939. En este libro, prohibido durante el III Reich, se recobran muchos elementos autobiográficos, pues Lernet fue oficial de caballería del ejército y participó en la Segunda Guerra. *El estandarte* es otra novela, bastante conocida, traducida y filmada para la televisión en una coproducción austrohispana de 1976, que aborda la vida militar y teje su trama con los elementos del relato de cortejo tradicional: encuentros amorosos, escapadas nocturnas, duelos verbales en los que se ponen a prueba las reglas de cortesía. Quizá lo más vivaz de este libro sea, en nuestros días, el complejo fetichismo que se desprende de sus páginas. El estandarte de un regimiento de dragones se convierte, para el protagonista de la novela, en una especie de doncella, el verdadero objeto de su pasión y de su deseo. De alguna manera lo mismo sucede, en otras obras de Lernet, con símbolos de la vida militar y con los objetos que representan el estilo de vida de la monarquía austrohúngara. Este ciclo de escritos tiene en *Las dos Sicilias* — traducido por el mismo Luis Alberto Bixio para ediciones La Isla de Buenos Aires en 1955 y republicado recientemente en Madrid por Espasa Calpe en 2003— otro ejemplo memorable.

Un segundo rubro, sobrepuesto al primero o filtrado en alguno de sus niveles, es de veta fantástica. Amigo y pupilo del escritor praguense en lengua alemana Leo Perutz (1882-1957), a quien incluso le atribuía la autoría real de su novela *Jound der Herr zu Pferde*, Lernet aprendió con él a manejar ciertos procedimientos narrativos que le permitieron desarrollar argumentos "realistas" que escondían un delicado mecanismo a través del cual el curso de los acontecimientos se dispara hacia zonas del subconsciente de los personajes, hacia los intersticios entre el sueño y la vigilia, entre la existencia diurna y una zona desconocida donde se permanece después de la muerte. Las novelas mejor acabadas en este sentido son *Un sueño en rojo* y *El conde Luna* (traducida por primera vez a nuestra lengua por el ubicuo, multifacético y políglota hombre de letras argentino-italiano Juan Rodolfo Wilcock en 1956 para las ya mencionadas Ediciones La Isla), y la narración "*El Barón Bagge*".

Una época sin gloria

Por Robert Saladrigas (Culturas, La Vanguardia)

El estandarte (Die Standarte), la novela que el autor vienés Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) publicó en 1934 y que ahora se reedita es, como toda buena ficción centroeuropea del periodo de entreguerras, una obra que admite varias lecturas. Reconozco que no había leído nada de Lernet-Holenia, pese a que en el prólogo Ignacio Vidal-Folch informa que "se han publicado en español seis novelas, entre ellas las mejores que escribió" este autor prolífico, de origen noble, que en la Gran Guerra luchó como voluntario en caballería, más tarde fue colmado de honores, declinó el puesto de embajador de Austria en Washington y ocupó con su esposa un apartamento en el palacio imperial de Hofburg. Dicho así, sin más, lleva a pensar en un personaje legendario de la corte austríaca o en el protagonista de una opereta de los Strauss.

En definitiva todo artista, en este caso un narrador, solo se explica – y defiende – a través de su obra. Sin duda que Lernet-Holenia, hombre de firmes convicciones tradicionales en un pasado cercano pero no obstante remoto, escribió

GRUPO A



esta novela – al parecer la más relevante de su bibliografía – bajo la influencia emotiva de la primera catástrofe y la extinción del imperio austrohúngaro. En las primeras páginas, encabezadas por el juramento de lealtad de las tropas al emperador, el autor arranca con un procedimiento narrativo que da la medida de su talento. A los diez años del fin de la guerra el narrador conoce a su protagonista, el alférez y abanderado Herbert Menis, en una cena de oficiales. En el segundo capítulo Menis relata su historia al narrador, es decir, a nosotros, que no es otra que la indigna derrota del ejército imperial y la disolución de la monarquía absolutista que hasta la guerra había encarnado la pujanza de la Europa del siglo XIX. Era el mundo cuyo sentimiento de pérdida tan magistralmente describió Stefan Zweig en *El mundo de ayer*. Este es el escenario histórico donde se desarrolla la novela. Ahora bien, el asunto principal que marca la tragedia del joven alférez Menis es otro, menos espectacular pero más inasumible: el deshonor. En los últimos instantes, mientras los regimientos austriacos cruzan los pontones del Danubio para llegar a Belgrado y dirigirse al frente que se derrumba, parte de las tropas se amotinan y se produce una horrible matanza entre camaradas. Es el final. Cuando Herbert Menis que ha logrado sobrevivir y rescatar el estandarte de su regimiento y con él enrollado a su cuerpo consigue volver a Viena, no sabe a quién entregarlo. El emperador abandona el palacio de Schönbrunn rindiéndose a los “revolucionarios”. Menis constata entonces, humillado, que todo cuanto vive es real; de repente el cielo se abre sobre su cabeza y el universo entero se viene abajo aplastando al indefenso ciudadano anónimo, símbolo de “un fin de casta de una época sin gloria” dice Herbert Menis/Lernet-Holenia. Y reconoce que “mis manos solo eran las de un alférez de un regimiento amotinado”. ¿Para qué había combatido? ¿Qué sentido tenía la herida que había puesto en riesgo su vida? ¿Cómo los individuos o pueblos pueden sobrevivir sin honor?



Para resaltar ante nosotros la trascendencia de esta cuestión de fondo, Lernet desarrolla una segunda línea narrativa. Solo pisar Belgrado, el alférez Menis se enamora arrebatadamente de Rosa Long, una hermosa dama de la corte de M^{ra} Antonia de Austria. Para poder verla comete locuras, pero de pronto esa romántica historia de amor se disuelve en el relato de la tragedia patriótica. Meni se siente incapaz de prestar atención a la muchacha cuando acaba de arrojar el estandarte del honor a las llamas. Ante las cenizas se descubre huérfano. La joven Rosa Lang está junto a él, de pie, mirándole. Todo ello pertenece a un mundo extinto, pasado de moda, descrito por un autor impresionista que supo revivirlo en la fiebre de su escritura.

Ideales caídos en combate

Por Alejandro Gándara (Blog El Escorpión, El Mundo)

Creo que junto a *"Parade's End"*, la tetralogía de Ford Madox Ford, y *"Adiós a todo eso"*, de Robert Graves, *"El estandarte"*, del austriaco Alexander Lernet-Holenia, podría componer la trinidad de los mejores libros sobre la Primera Guerra Mundial. Los tres van más allá de la simple peripecia bélica y ponen en solfa sus respectivas sociedades civiles, lo que les convierte en literatura de un nueva guerra: la que se libra a la vez en el campo de batalla y en casa, sin que puedan separarse y como no podía ser de otra manera, si es que se quiere entender cómo se llegó al desastre que se prolongaría veinte años más tarde en otra conflagración continental.

Quizá la diferencia de este autor austriaco (quitando su adscripción al otro bando), reconocido en su tiempo y bastante olvidado después por causa de su pacífica convivencia con el régimen nazi -a pesar de que se mantuvo distante con la ideología nacional-socialista-, sea que su sentimiento de derrumbe del orbe existente es más melancólico que crítico. Aunque hay que distinguirlo de cualquier imaginario teutón. La burbuja heroica y mitológica del Imperio austrohúngaro, culta, elegante y honorable, a medio camino entre la Escuela Española de Equitación y la música de vals



Tertulias Literarias

que sonaba en los salones imperiales, explotó de modo trágicamente repentino con una derrota que fue menos humillante que sorprendente.

Sorprendente sobre todo en su forma. La novela cuenta este desconcierto llevando al lector a los últimos días de la guerra en Belgrado para la coalición austriaca y, en particular, para los oficiales del Imperio. No supieron qué estaba pasando entonces y también entonces se dieron cuenta de que no sabían que había estado pasado nunca. El mundo había cambiado a una velocidad que no correspondía con una visión del mundo que se volvió anacrónica de la noche a la mañana. Literalmente: en la deserción masiva de los regimientos imperiales, compuestos por varias nacionalidades centroeuropeas, en los puentes de Belgrado. No hubo, propiamente hablando, derrota, sino estampida.

A lo largo de la lectura de *"El estandarte"* se tiene la impresión de estar asistiendo a una guerra del siglo XVIII, como mucho. No hay artefactos mecánicos, ni armas modernas, ni tácticas de vanguardia: hay caballos, sables, carros, supersticiones y una cierta sentimentalidad deportiva que trata la tragedia como un juego sin responsabilidades más allá de la jugada. Los oficiales se comportan unas veces como capitanes de un equipo universitario y otras hacen travesuras propias de la edad. Que la guerra es una máquina que se desarrolla rápidamente a través de la tecnología y que nada tiene que ver ni con los ideales ni con el valor personal, es algo que ni se les pasa por la cabeza. Al desastre de la contienda asisten como a una revelación llegada del Más Allá.

El amor, la pertenencia a la estirpe, la invocación a los muertos, los símbolos que representan (como el estandarte) la identidad metafísica de los ejércitos y de las naciones, cuya factura es romántica, se desdoblán de pronto en una imagen de la muerte presente y que no es más que un esqueleto andante, sin pena ni gloria.

Por su literatura, Lernet-Holenia remite a sus inmediatos antecesores vieneses, Arthur Schnitzler y Stefan Zweig. Como en ellos, el paisaje no está compuesto por naturalezas físicas, sino por entidades invisibles y los seres humanos no son más que un pensamiento desconcertado deambulando por lugares que nunca son lo que parecen.

En fin, literatura de quilates y gran novela que no puedo dejar de recomendar.



El ocaso de un Imperio

Por Antonio Paniagua (ABC)

El imperio austro-hungaro y sus avatares políticos y sociales han abonado el campo literario para la irrupción de novelas magníficas. Ahí están los nombres de Joseph Roth o Robert Musil para corroborarlo. Lo más seguro es que la figura de Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) sea desconocida para muchos lectores, pero merece entrar con todos los honores en esa selecta lista de escritores que se inspiraron en el ocaso de un imperio para entregar a la imprenta libros de fuste.

Lernet-Holenia escribió quizás *'El estandarte'* (1934) para exhibir un sentimiento de orfandad. En la novela asoma la añoranza por un esplendor que declina sin remedio y que lleva al traste todo un mundo de tradiciones muy queridas por el autor. La obra, que publica ahora Libros del Asteroide, narra el desconcierto que se vivía en Belgrado en los

GRUPO A



Tertulias Literarias

últimos días de la I Primera Guerra Mundial. El mundo estaba cambiando a una velocidad de vértigo y arrinconando usos y costumbres que de repente adquirirían un tacto polvoriento, un olor a caduco.

La novela, narrada en tercera persona por un alférez, está considerada la obra maestra de Lernet-Holenia, quien abandonó los estudios para participar como voluntario en la Gran Guerra. Testigo privilegiado de aquellos años trágicos, el escritor cuenta con cierta nostalgia el desmoronamiento de un imperio con la vaga sensación del que contempla el hundimiento irreversible de un mundo que se disgrega.

El protagonista recupera un estandarte –que da título a la novela- enarbolado en batallas históricas, lo que lo convierte en el símbolo del honor atesorado por generaciones y que es preciso salvar a toda costa.

Dos realidades y planos históricos se imbrican en el relato: los estertores de la guerra y la desmembración de un régimen político cuyo territorio abarcaba lo que ahora son trece estados europeos.

Lernet-Helenia no se limita a llorar la muerte de una potencia y de un pasado esplendoroso. Dota a la historia de nervio e interés preñándola de asuntos aparentemente menores pero muy reveladores y hasta cómicos, como esos oficiales que acudían a la contienda acompañados de sus criados, lo que ilustra mejor que nada el sesgo aristocrático de la sociedad austrohúngara y su modo de afrontar la guerra. Un modo en el que caben el más sofisticado armamento y las costumbres más decadentes.



Desertores

Los oficiales del Ejército austriaco nunca tuvieron conciencia de lo que acontecía. Su ignorancia acabó en desapego, de manera que los regimientos imperiales, que se nutrían de un sinfín de soldados de procedencia muy variada, apostaron por la desertión en masa antes que sufrir la humillación de la derrota.

Conforme avanza la novela, el lector va descubriendo que el juego de la guerra está inmerso en un proceso de transición, de tecnificación. Los sables y caballos son poco a poco desplazados por los carros de combate, las ametralladoras, las cámaras de gas y unas tácticas de guerra que dejan obsoletos el honor y la épica.

Y en medio de todo ello se trasluce la presencia de otro ejército, “invisible y glorioso”, que es el de los muertos. “Porque el auténtico ejército no lo forman los que viven sino los muertos”. Hombres que murieron en combate sin intuir siquiera que su sacrificio, a partir de la nueva era que se inaugura, carece de cualquier atisbo de gloria.

‘El estandarte’ cuenta también una historia de amor, la que une al joven oficial Herbert Menis con Resa Lang, una dama de la corte de María Antonia de Austria. Este amor se desarrolla en un ambiente suntuoso y cortesano que contrasta con los desastres de la guerra y las penurias que padece el pueblo. Con todo, lo que parecía una historia romántica se desvanece por la fuerza de los acontecimientos y el insobornable patriotismo de Menis.

GRUPO A



Una sensación de incertidumbre y sorpresa impregna todo el todo texto. Lernet-Holenia se dejó llevar por la intuición y acertó de lleno al infundir a su obra la impresión de que los acontecimientos se desarrollan como una fantasmagoría. No en balde el nuevo mundo que emerge tras las ruinas es irreal. Los personajes corren en pos de una seguridad que se ha esfumado.

La gran noche del mundo

Por Manuel Gregorio González (Diario de Sevilla)

Aprovechemos el centenario de *Por el camino de Swann* para decir algunas cosas. En la obra de Proust se recoge no sólo la memoria de una época, sino también el modo mismo en que el hombre recuerda; vale decir, los mecanismos internos de la memoria, que Freud ha consignado una década antes. Ortega, en enero de 1923, ya explica esta singularidad de Proust y la novedad psicológica, la originalidad formal, que su literatura apronta al siglo. Una novedad que consiste, sumariamente, en el alejamiento, en la conversión del pasado en una imprecisa multitud de sombras. Este carácter fantasmagórico de lo real (la distancia entre lo vivido y lo rememorado) es el que, de modo muy diverso, se halla en la obra de Joseph Roth, de Zweig, de Thomas Mann, de Leo Perutz, de Gustav Meyrink, de Von Hofmannsthal y de cuantos se dedicaron, como el Graves de Adióis a todo eso, a honrar las exequias de ese mundo que muere, estrepitosamente, en las trincheras de la Grand Guerre. Un mundo ordenado, previsible, burgués, cuya súbita evaporación se narra, con mayor énfasis que en otras novelas, de un modo más explícito si cabe, en *El estandarte* de Lernet-Holenia.



En su Prólogo, Ignacio Vidal-Folch recuerda que Magris no tiene en mucha consideración esta obra de Lernet-Holenia. Le reconoce el tono, la sugestión, el calor, pero no llega a considerarla una gran obra sobre la caída del imperio Habsburgo. No obstante, y a pesar de las reticencias de Claudio Magris, *El estandarte* de Lernet-Holenia posee una cualidad que la distingue de otras novelas dedicadas a tal periodo. Quizá de modo involuntario, *El estandarte* puede leerse como una novela gótica, como un relato de fantasmas. Y no porque lo sobrenatural haga aparición en sus páginas, sino porque los personajes, las situaciones, la propia forma en que concluye la obra, obligan al lector a deslizarse entre dos mundos (el mundo de la caballería decimonónica y las chimeneas palaciegas, frente a las divisiones mecanizadas y el fuego de ametralladoras), que ofrecen una viva sensación de irrealidad a quien se abisma en la obra. Cuando Kusniewicz y Bufalino, en la segunda mitad del XX, novelan

la caída del Imperio austro-húngaro, lo harán con el auxilio del historiador, y en consecuencia, con la visión cerrada y homogénea de un pasado remoto. Sin embargo, *El estandarte*, como *La montaña mágica*, como *La marcha Radetzky*, están escritas sobre el ascua de un ayer aún próximo; están escritas, por tanto, desde el propio interior anímico de aquella época. Esto implica que la sensación de ruina, de incertidumbre, de estupor, es de mayor magnitud en Lernet-Holenia que en Kusniewicz; pero también que en Holenia se expresa como intuición, como vago y fenomenal vislumbre, lo que en Bufalino es obra del dato desapasionado y cierto.

Probablemente, esta es la razón de que Lernet-Holenia enfaticé, en el último tramo de la obra, el significado del estandarte que da título a la novela. En esa pieza de brocado se resume, no sólo el viejo honor de la caballería imperial, sino el modo en que el imperio se articuló hasta ese momento. Lo distintivo en *El estandarte*, sin embargo, no es este universal derrumbamiento, que ya conocíamos por Joseph Roth, etcétera, sino la forma espectral, paradójica, en que se opera. Para el lector actual, una novela del XIX exige cierto esfuerzo imaginativo que le permita la traslación, la inmersión en una sociedad y un ámbito que no es el suyo. En *El estandarte*, a pesar de que estamos a finales de 1918, es un ambiente decimonónico el que predomina. Un ambiente de aristocráticos jinetes y palcos operísticos, cuya normalidad sólo se ve rota por la intrusión momentánea de aquello que hoy llamamos el mundo moderno. La unánime



Tertulias Literarias

cañonería, el tableteo de las ametralladoras, las enigmáticas máscaras de gas, se aparecen en esta novela como se aparece un ídolo arcaico, un dios hierático y cruento, ante la mirada del arqueólogo. Se produce así una doble irrealidad, quizá involuntaria, quizá imprevista para Lernet-Holenia: la irrealidad del imperio, el desmoronamiento de la culta y civilizada Mitteleuropa, que se disgrega en naciones hostiles, mientras sus personajes corren en busca de unos hogares, de una seguridad que ya no existe, y la más profunda irrealidad de un mundo que emerge entre el acero. Esta insólita perspectiva, quizá presente en *El terror de Machen*, es la que hace de esta novela, de algún modo más próxima a Anne Radcliffe que a Robert Walser, una obra destacable. *El estandarte* es, entonces, no el heraldo de un ayer idealizado, sino el estridente gallardete de una era mecánica.

Fontes:

La Vanguardia (11 decembro 2013) <http://blog.udllibros.com/?p=83096>

El Mundo (11 decembro 2013) <http://www.elmundo.es/blogs/elmundo/escorpion/2013/12/11/ideales-caidos-en-combate.html>

El País. Uruguay (25 agosto 2005) http://historico.elpais.com.uy/Suple/Cultural/05/08/05/cultural_166852.asp

ABC (14 decembro 2013) <http://www.abc.es/cultura/libros/20131214/abci-ocaso-imperio-201312141724.html>

Diario de Sevilla (25 novembro 2013) <http://www.diariodesevilla.es/article/ocio/1653197/la-gran-noche-mundo.html>

Para saber máis:

Reseña del libro "El genio austrohúngaro, de William M. Johnston". Ampliamente recomendado.

<http://www.revistadelibros.com/articulos/anatomia-del-imperio>



Por último, se estás interesada/o na época e a sociedade, a través da literatura relacionada coa I Guerra Mundial, visita a [exposición de material relacionado](#) no 2º andar da Biblioteca Central Rialeda.

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

GRUPO A